

LA POLITICA EXTERIOR DE CHILE DURANTE EL SIGLO XX

MARIO BARROS

EL DIFICIL COMIENZO

El siglo XX se inició para Chile, tanto en lo nacional como en lo externo, bajo un signo sombrío. Tras el brillo espectacular del gobierno de don José Manuel Balmaceda, con su concepción magnificada del país y su proyección internacional, Chile había visto destruida su imagen por la devastadora guerra civil de 1891. Muchos países de América creyeron que el arco ascendente del Chile finisecular se había detenido. Que las grandes reservas morales que habían hecho posible el protagonismo nacional, dentro del cuadro americano, a partir de 1883, se encontraban en crisis y que Chile iniciaba un lento pero irreparable descenso hacia la mediocridad política y económica que había marcado el fin de sus decenios.



excepción entre las demás republicanas americanas siempre anarquizadas, por su impecable tradición institucional, se desvaneció.

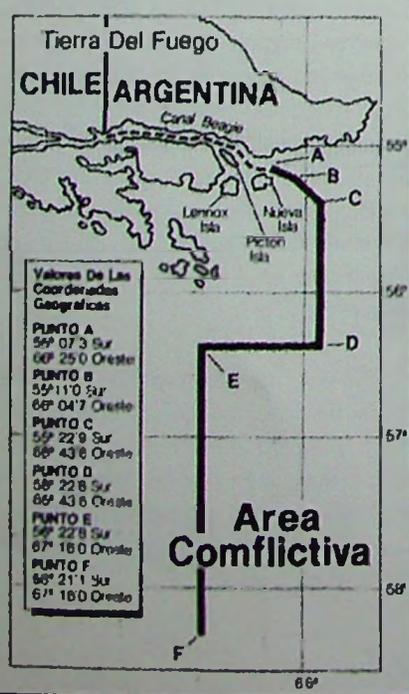
El régimen parlamentario, vencedor de la guerra civil, había dejado al país sin el liderazgo que parecía consustancial con su personalidad histórica. Una oligarquía politizada y sin visión de futuro se alternaba, por sectores, en el poder, absolutamente ajena a las grandes transformaciones que el resto del mundo el nuevo siglo traía consigo.

El advenimiento de la vigésima centuria, encontraba a un Chile lleno de contradicciones. Se vivía alegremente del salitre, un monopolio al que solo le quedaban quince años de vida útil. Los grandes proble-

mas sociales y la llegada a Chile, lentas pero penetrantes, de las ideas revolucionarias que afectaban -y alteraban- la vida de los países industrializados y de algunas naciones sudamericanas, eran ignorados o mal comprendidos por una clase política absolutamente impreparada para ello y obsesionada por la politiquería de salón.

Mentalmente, oligarquía y clase media vivían aún denominadas por el relumbrón de la guerra del Pacífico y del resplandor de gloria militar que ella trajo consigo. Pero, económicamente, la guerra no había dejado en herencia sino un pobre legado. El salitre se encontraba en manos extranjeras y la riqueza nacional vivía casi exclusivamente de las entradas de aduana y de una ingeniosa estrategia bancaria y bursátil que no parecía tener una base productiva. La fiebre creativa de Balmaceda, simbolizada en su ambicioso plan de obras públicas, parecía haberse detenido. El terrible terremoto de 1906 había enfriado las nobles iniciativas de presidentes como Pedro Montt y Barros Luco y la crisis creadas por la guerra y post guerra de 1914 habrían de sepultar las de sus sucesores. La clase política chilena, tan hábil para neutralizar los planes de gobierno, como estéril para proponer otros alternativos, había caído en un inútil juego electoralista bajo el cual bullía el volcán de los problemas sociales y del agotamiento de una estructura política, ciega a los cambios de los nuevos tiempos.

Este era el Chile que habría de enfrentar al siglo XX y abrirse paso desafiando, por igual, la inquietud social que quedaría al descubierto en 1920 y al escenario internacional que le rodeaba.



El pleito de fronteras con Argentina parecía haber llegado a su término...

En el resto del mundo, la idea de que Chile era un país estable y que hacía la gran

Canal Beagle.

LAS GRANDES TAREAS DIPLOMATICAS

En la frenética sucesión de ministros y partidos que pasaron por La Moneda entre 1898 y 1920, apenas sobresalen tres o cuatro nombres de Cancilleres que parecieran haber entendido el cuadro descrito: don Agustín Edwards, don Emilio Bello, don Ernesto Barros, don Alejandro Lira y algunos más. Y, sin embargo, el escenario internacional que tenían ante sus ojos era inquieto y preocupante.

Los problemas de fronteras no estaban totalmente terminados: La vulnerabilidad económica del país era su dependencia de uno o dos productos básicos y del precio que los mercados internacionales quisieran fijarles.

Persistía el tema de Tacna y Arica. Nuestras relaciones con Bolivia, congeladas por el Pacto de Tregua de 1884, solo encontrarían un respiro de paz en 1904, para continuar con una inquietud soterrada hasta el día de hoy.

La política exterior de los Estados Unidos, tan severa en el área de las Antillas y Centroamérica, amenazaba extenderse al sur del Ecuador. Vientos de guerra comenzaban a soplar desde Europa.

A lo anterior era preciso añadir la anticuada organización de nuestra Cancillería y la concepción restringida de nuestra acción exterior. Una sucesión interminable de Ministros de Relaciones Exteriores y la rotativa de agentes diplomáticos al compás de los compromisos electorales, hacían difícil dar una coherencia razonable a nuestra acción diplomática.

Es así como entre 1898 y 1920 los grandes temas de nuestra política exterior fueron, con intensidad variable: los proble-



mas fronterizos; la necesidad de intensificar la presencia chilena en aquellos países que habían demostrado afecto o admiración por Chile; mantenernos alejados de los grandes conflictos internacionales; enfrentar con realismo los peligros que asechaban a nuestra economía y prepararnos para la concepción multilateralista de la diplomacia que los acontecimientos mundiales estaban preparando; y, sobretodo, explorar campos de acción que abrieran para el país puertas y horizontes prometedores. Entretanto, seguir vendiendo salitre a quien quisiera comprarlo.

LA POLITICA DE FRONTERAS

Ya en 1857 don Antonio Varas, ese gran pragmático de la política exterior de Chile, había dicho mientras nuestro país no tuviera fronteras seguras y bien definidas, su seguridad sería precaria. Y la inseguridad traía, como consecuencia, la necesidad de un desembolso armamentista y la permanente inquietud cívica ante el peligro de un conflicto.

El pleito de fronteras con Argentina parecía haber llegado a su término, por lo

menos en sus líneas gruesas. Se había firmado el Tratado de 1881, el que habría de orientar el arreglo de 1898 y, más tarde, el de 1902. El año 1904, un árbitro había dividido la Puna de Atacama entre Chile y Argentina.

Se había firmado un Tratado de Limitación de Armamento con Buenos Aires y se esperaba llegar a un acuerdo con Lima para arreglar el problema de Tacna y Arica.

Las relaciones con el Perú no lograban arribar a un entendimiento. En 1907, ambas naciones habían roto relaciones. En 1908, Chile había expulsado a los párrocos peruanos de Tacna y Arica, ante las protestas del Perú. El año 1912, el Presidente del Perú, señor Billinghurst, renovó las relaciones diplomáticas para romperlas un año más tarde. En 1920, Perú, conjuntamente con Bolivia, acudió a la Sociedad de las Naciones para pedir la nulidad de los Tratados de Paz de 1883 y de 1904, respectivamente.

Al fracasar este intento, Chile propuso al Perú realizar el plebiscito sobre Tacna y Arica, bajo la supervigilancia del gobierno de los Estados Unidos. El año 1925, el árbitro norteamericano declaró "impractica-



Su Santidad Juan Pablo II y Jaime del Valle. El siglo cerró con la solución del problema del Beagle con Argentina, en 1984.

y la Armada de Chile al finalizar el siglo XIX y comenzar el XX, hizo que varios países de América requirieran la asesoría de nuestras instituciones armadas para la formación de sus oficiales y la reorganización de sus cuadros de Defensa.

A esto es necesario añadir la importante presencia chilena en Centroamérica, donde temas como la pedagogía escolar, la organización hospitalaria, las aduanas y la enseñanza universitaria contaron con la asesoría de misiones chilenas.

En 1917 se firmó con Ecuador un importante acuerdo sobre convalidación de títulos y grados.

Se intentó la diversificación de nuestras exportaciones a través de una extensa campaña de información, que tuvo su cenit en la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en 1929, tal vez, la más espectacular de cuantas contaron con la participación de Chile en la primera mitad del siglo XX.

La Guerra Mundial de 1914 - 1918 enturbió un poco el anhelo diplomático de extender esta búsqueda de amigos hacia Europa. Chile se mantuvo neutral durante el conflicto, lo que le valió una posición de cierto relieve en los días de post guerra. Las relaciones con Inglaterra y Alemania se desarrollaron en ascenso mientras que las que Chile mantenía con Estados Unidos y Francia enfrentaron una cierta reticencia mutua que sólo habría de terminar en 1943, con nuestra suspensión de relaciones con el Eje.

LA POLITICA MULTILATERAL

Desde fines del siglo XIX, Chile se había abierto al campo multilateral de la diplomacia con su participación en los Con-

ble" el plebiscito y ambos países no insistieron en él, después de culparse mutuamente del fracaso.

En 1928 se renovaron las gestiones de armonía y como consecuencia de ellas, en 1929 se firmó el Tratado Rada y Gamio - Figueroa Larraín-, que dividió en dos el territorio en disputa, quedando Tacna para el Perú y Arica para Chile.

Las relaciones con el Perú volvieron a renovarse, quedando pendientes algunos puntos menores. Sin embargo, en las grandes líneas diplomáticas, el balance fue positivo. Chile adhirió como garante al Tratado de Paz entre Perú y Ecuador de 1942 y, diez años más tarde, los tres países habrían de formar un frente común para defender sus riquezas marítimas en una jurisdicción de 200 millas.

El siglo cerró con la solución del problema del Beagle con Argentina, en 1984, y la consolidación de sus reclamos territoriales en la Antártica a través de un Tratado Multilateral que los declaraba válidos pero suspendidos por el tiempo de duración del acuerdo.

La Convención de Jamaica, bajo el alero de las Naciones Unidas, preservó bajo

jurisdicción chilena su mar adyacente, en una extensión de 12 millas para su soberanía y de 188 para su utilización exclusiva, salvando así las 200 millas de la Declaración de 1952.

LA BUSQUEDA DE AMIGOS

El tercer campo de acción de la diplomacia chilena se centró en la búsqueda de amigos internacionales. El monopolio del salitre nos abrió muchas puertas, antes de 1914. Basta ver la nómina de más de 300 cónsules de Chile en el extranjero, para advertir que la mayoría de ellos eran agentes del salitre.

Pero la I Guerra Mundial y la aparición del salitre sintético terminaron con esos sueños de gloria, que la apertura, en 1913, del Canal de Panamá iban a sepultar por un largo tiempo. El cierre de la mayor parte de las oficinas salitreras y la crisis económica de 1920, con su consecuente cesantía, relegarían las preocupaciones de los problemas nacionales, con preferencia sobre los externos.

Se intentó, entonces, cubrir el campo internacional con la acción cultural y técnica. El prestigio adquirido por el Ejército



sejos de Administración de los Ríos Internacionales y en las Conferencias de Paz de La Haya de 1898 y 1907. La creación de la Unión Panamericana en 1898 y las Conferencias Panamericanas de Washington, México, Río y Buenos Aires en 1899, 1902, 1906 y 1910 respectivamente, le abrieron las puertas a una experiencia nueva, en la que la diplomacia tradicional se abrió a la época de la intercomunicación y de la universalidad de los problemas.

Pero fue la creación de la Sociedad de las Naciones la que sacó al multilateralismo del área regional para darle un alcance mundial.

Creada en 1919 por el Tratado de Versalles, inició sus funciones en 1920 y Chile fue invitado a adherirse. Su actuación fue destacada y dos Asambleas Generales fueron presididas por chilenos: don Arturo Huneeus y don Agustín Edwards. Activa participación tuvieron en ella don Enrique Villegas y don Manuel Rivas Vicuña.

Larga ha sido la polémica acerca de la labor de la Sociedad de las Naciones. Nacida en una época de grandes rencores y de turbulencias económicas, se le exigieron

responsabilidades de organización madura, cuando recién iniciaba su infancia. Conflictos como la guerra ruso-finlandesa, las invasiones de Manchuria y Etiopía, la guerra del Chaco, la guerra civil española y muchos otros conflictos, escaparon de sus manos. Sin embargo, significó una experiencia irremplazable y marcó una etapa decisiva en la diplomacia contemporánea. Experiencia que la actual organización de las Naciones Unidas recogió con muy leves modificaciones y que constituyen hoy el eje de la actividad internacional.

Chile centró su actividad multilateral en el Sistema Interamericano. Asistió a las 10 Conferencias Panamericanas que se celebraron entre 1898 y 1954; fue uno de los pioneros en la creación de la OEA -cuyo primer Secretario General fue un chileno- a su iniciativa se citó a la III Reunión de Consulta de Río, en 1941; y tuvo una participación destacada en la creación del Banco Interamericano de Desarrollo, cuyo primer Presidente fue también un chileno. Fue Chile quien representó a los países americanos ante los Estados Unidos, en las Conferencias de Chapultepec y de San Francisco.

Participamos, desde sus sesiones fundacionales, en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional, nacidos en las Conferencias de Dumbarton Oaks y de Bretton Woods.



Fue una iniciativa chilena la que puso en marcha el Pacto Andino. Y nuestro país estuvo presente -como lo está hasta el día de hoy- en todas las iniciativas integracionistas del ámbito regional.

Nos interesamos por integrarnos a todas las organizaciones multilaterales del Océano Pacífico, tanto estatales como empresariales y culturales y esta línea de acción persiste, como política de Estado, hasta el día de hoy.

En un siglo que evolucionó desde la política bilateral hasta la intercomunicación global, Chile siguió paso a paso, su desarrollo progresivo, a veces con silenciosa parsimonia, a veces con iniciativas pioneras, pero siempre consiente de que su presencia en el ámbito internacional, es parte de ese espíritu de cooperación que debe presidir la Comunidad Internacional.

LA DIPLOMACIA ECONOMICA

Cuando en 1835 don Joaquín Tocornal propuso al Continente Americano la creación de una Unión Aduanera sin exclusiones, estaba abriendo, acaso sin quererlo, lo que más tarde llamaríamos Diplomacia Económica. Cien años después, otro Ministro de Relaciones Exteriores, don Antonio Planet, volvió a proponer la misma idea, pero ampliándola a las áreas del desempleo continental -era la crisis de 1929 - 1931-, a la reducción de armamentos y a los problemas financieros que nos preocupaban.

Los años de la Segunda Guerra Mundial no permitieron una gran actividad de nuestra diplomacia económica. Sin embargo, entre 1943 y 1946, Chile ingresó, como

La Primera Guerra Mundial (1914 - 1918), enturbió un poco el anhelo diplomático de extender esta búsqueda de amigos hacia Europa.

La Segunda Guerra Mundial (1939 - 1945), no permitió una gran actividad de nuestra diplomacia económica...

ya vimos, al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional y al GATT (hoy OMC). Chile lo puso en vigencia el 15 de marzo de 1949.

El año 1947, al crearse la Comisión Económica para Europa, Chile designó un observador y en 1948 ingresó a la CEPAL y obtuvo para Santiago de Chile, la sede continental del nuevo organismo.

Cuando en 1949, la Organización de las Naciones Unidas creó el Fondo Especial para el Desarrollo, una iniciativa en la que Chile tuvo una actuación relevante, el país ingresó con gran esperanza. Este Fondo fue la base de la llamada UNCTAD o Grupo de los 77 (hoy integrado por 127 naciones), cuyo bloque intentó hacer un contrapeso a las agrupaciones de los países industrializados.

El año 1954 tuvo especial trascendencia. En la localidad brasileña de Quintadha nació el Banco Interamericano, una antigua idea chilena, ya expuesta por el Ministro de Hacienda Jorge Prat, en la Conferencia Panamericana de Caracas en 1954. El Banco nació con la abierta renuencia de los Estados Unidos y la delegación chilena debió dar una batalla cordial pero insistente, para vencer las objeciones de otros países americanos. Fue, tal vez, en homenaje a esta persistencia, que la Reunión ofreció la Presidencia del Banco al profesor chileno, Felipe Herrera.

En 1960 se creó la Asociación Latinoamericana de Comercio (ALALC), por medio del Tratado de Montevideo. Como esta organización no marchara con la rapidez y eficacia que nuestro gobierno deseaba, Chile propuso una asociación más regional y



en 1969 nació el Pacto Andino o Acuerdo de Cartagena. Serias diferencias entre nuestro país y los demás participantes del Pacto acerca de un Arancel Externo Común, hizo que Chile se retirara de la Organización en 1976, manteniendo sus nexos con la actividad cultural (Pacto Andrés Bello) y con el fomento del desarrollo o Corfo Andina.

El año 1980 se firmó el Segundo Tratado de Montevideo, llamado a acelerar en lo posible la integración regional. Este Tratado creó la ALADI o Asociación Latinoamericana de Integración.

El último capítulo -y actual- es nuestra asociación con el Mercosur y los intentos de ingresar a un sistema de libre comercio de México, Canadá y los Estados Unidos. Es difícil hablar de los resultados de estas iniciativas pues la primera enfrenta diferencias internas y la segunda una clara reticencia del Senado de los Estados Unidos. Pero el diagnóstico para los años que corren apuntan a una clara tendencia bilateralista, con muestras de eficacia en los acuerdos recientemente alcanzados con México, Perú y Canadá.

Pese a las dificultades que se prevén en nuestro comercio con el Asia, a raíz de la crisis económica que azota a esta área, el Océano Pacífico sigue siendo, en nuestra opinión, la gran oportunidad que nos ofrece el siglo XXI, especialmente en el campo comercial y financiero.

OTROS TEMAS DIPLOMATICOS

A lo largo del siglo se sucedieron diversos temas que ocuparon la atención de la Cancillería. Algunos ingratos, otros muy satisfactorios, pero que mantuvieron el nombre de Chile en un plano de distinción y serenidad dentro del inquieto panorama de la diplomacia continental.

El siglo XIX se cerró con graves dificultades con Argentina y los Estados Unidos. Las primeras se creyeron terminadas con el Tratado de Límites de 1902; y las segundas se agravaron con el llamado "Incidente del Baltimore" y las polémicas alternativas del Caso Alsop. Este último fue una de las tantas reclamaciones recibidas por nuestro gobierno a raíz de daños, reales o presuntos, ocurridos a extranjeros durante la Guerra del Pacífico y la Guerra Civil de 1891. La formación de los llamados Tribunales Arbitrales solucionó la mayor parte de ellos, pero las reclamaciones norteamericanas debieron arreglarse bilateralmente por un arbitraje especial y la creación de una comisión Ad-Hoc, que funciona con otro nombre, hasta el día de hoy.

Es importante destacar la firma del Pacto del ABC (Argentina, Brasil y Chile), en 1915, cuya intención vagamente expuesta en el texto, fue crear un bloque latinoamericano de contrapeso a la agresiva po-

lítica norteamericana del "Big Stick", muy violenta en aquellos años en Centroamérica y el Caribe. Estados Unidos recibió el Pacto del ABC con cierto grado, por tener, al fin, una contraparte dialogante en un Continente caracterizado por la inestabilidad política y las crisis económicas. Es así como el Pacto fue invitado a participar en las conversaciones de "Niagara Falls" entre México y los Estados Unidos, para reforzar un arreglo pacífico sobre problemas fronterizos.

Dos hechos internacionales marcaron los años previos a la I Guerra Mundial, ambos muy desfavorables para Chile. El primero fue la apertura del Canal de Panamá en 1913, lo que significó un serio golpe de nivel comercial de nuestros puertos. El segundo fue el invento del salitre sintético, que afectó definitivamente a la que era, por aquellos años, la exportación del salitre natural, fuente casi exclusiva de nuestro presupuesto de divisas.

Los años que siguieron a la I Guerra Mundial estuvieron marcados por una serie de hechos de armas en dos de los cuales, cupo a Chile alguna participación. El primero fue la Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, cuyo final se logró en la llamada Reunión de Consolidación de la Paz, celebrada en Buenos Aires, en 1936, con participación de nuestro país. El segundo fue la Guerra Civil española, entre 1936 y 1939. Si bien Chile mantuvo en este conflicto una severa neutralidad, debió acoger, por razones humanitarias, más de 2.700 asilados en la Embajada de Chile en Madrid y sus locales anexos. Esto derivó en una tensa confrontación con el Gobierno de la República Española y una presentación del problema ante la Sociedad de las Naciones. Posteriormente, la situación volvió a repetirse con el gobierno vencedor, lo que unido a la actividad política realizada por los refugiados republicanos en Chile, condujo a dos rupturas de relaciones entre Chile y España, 1940 y 1942.

En un plano menos conflictivo, pero más trascendente, deben situarse dos áreas

de la diplomacia chilena en el siglo XX; la política antártica y la política marítima.

La preocupación por reivindicar los derechos de Chile a la Antártica viene desde fines del siglo pasado. Es en 1905, que Chile organiza la primera expedición a la Tierra Polar Austral, la que no pudo zarpar por el terremoto de 1906.

En 1939, el gobierno de don Pedro Aguirre Cerda dicta el Decreto Antártico y Chile reclama su soberanía entre los meridianos que se proyectan desde su territorio nacional. En 1959, 12 naciones con presencia en la Antártica firman el Tratado Antártico, el que congela las reclamaciones y que preserva el Continente helado para fines científicos y reserva ecológica.

El derecho a proteger los recursos marinos de cada nación deviene de los acuerdos de la Conferencia de Codificación de La Haya, de 1930. En octubre de 1945 se citó a una Reunión especial en la ciudad de México para estudiar la jurisdicción y el control sobre la pesca indiscriminada, en la cual, Chile asistió con indisimulado interés. Estimulado por los ejemplos de Costa Rica, El Salvador y Honduras que entre los años 1948 y 1951, habían proclamado sus respectivos "mares territoriales", Chile citó a una Reunión Tripartita con Perú y Ecuador y en agosto de 1952, los países señalados firmaron una Declaración de Santiago, que proclamó la soberanía de los Estados signatarios sobre 200 millas marinas.

Pese al revuelo que produjo esta Declaración, la idea fructificó y después de años de discusiones, en que países como Estados Unidos y otros, manifestaron su abierta desconfianza, se convino en la Declaración de Jamaica, en la que se reconocía un área soberana de cada Estado ribereño y un área económica exclusiva, por un total de 200 millas en aquellos países cuyos mares así lo permitían.

El siglo XX vio nacer, también, una preocupación creciente por el espacio aéreo, consecuencia de los avances especta-

culares de la tecnología y de la exploración sideral. Chile no ha querido quedarse atrás y es posible que el próximo milenio verá abrirse un área nueva a su preocupación diplomática.

EXPERIENCIAS DE UN SIGLO

Aún cuando en la historia un siglo es sólo un minuto, en la política internacional, ese minuto puede ser decisivo y él puede cambiar por mucho tiempo el destino de una nación de un área geográfica determinada.

Si uno contempla el Chile de principios del siglo XX -oligárquico, patriarcal, satisfecho en su mediocridad económica, pero orgulloso de sí mismo- con el de hoy -interclasista, globalizado, satisfecho con su mediocridad política y de su audacia económica-, tenemos que concluir que esta centuria no ha pasado en vano. Es posible que ciertos valores de nuestra nacionalidad permanezcan aún en el espíritu de los chilenos, pero el férreo patriotismo de 1900 se ha resentido. La fuerza de la intercomunicación visual y electrónica ha golpeado muy fuerte a un pueblo sencillo y sin imaginación como es el nuestro, de reacciones tardías y de una vocación imitativa que puede resultar alarmante.

Dentro de este cuadro hemos visto transcurrir el siglo XX.

Si hemos de entresacar de nuestro centenario proceso diplomático los hechos de nuestra política exterior que causaron mayor eco internacional (sin llegar a estremecer a las Cancillerías del mundo) podemos citar: el Tratado de Paz con Argentina, en 1902; el arreglo de Tacna y Arica en 1929; la neutralidad chilena en la Segunda Guerra Mundial (1939 - 1943); la tensión bélica en 1978 y la mediación papal que le puso fin. Es posible que alguien desee añadir las grandes reuniones internacionales que han tenido lugar en nuestro país. Reuniones de la UNCTAD en 1974, Reuniones Extraordinarias de Cancilleres en 1979, y 1991,

Cumbres Presidenciales en 1987 y 1988 y otras) pero ellas han operado dentro del mecanismo del Sistema Interamericano y a Chile sólo le cupo un papel organizador que no lo destacó especialmente en la Comunidad Internacional.

En cambio, los sucesos de 1973 proyectaron a Chile al primer lugar de la noticia y a los "dossier" clasificados de las Cancillerías, tanto por el fracaso económico y político del gobierno derribado como por la naciente experiencia del que accedía al poder. Una intensa campaña internacional, que ni aún el éxito económico logró mitigar, hizo que nuestra Cancillería debiera desplegar esfuerzos sobrehumanos, con escaso personal y magros recursos, en un afán de impedir que el proceso que se ponía en marcha pudiera ser alterado o, aún, detenido.

Se vencieron dificultades de toda índole incluyendo en ellas, la amenaza de dos guerras y de dos bloqueos económicos de consecuencias imprevisibles. En 1990 nos abrimos a una política de internalización, tanto política como económica, cuyos resultados trascenderán el siglo XX y sólo podrán ser apreciados en el próximo.

¿Hemos ganado o perdido con ello? En la agitada dinámica de las Relaciones Internacionales, es difícil decirlo. Chile tiene, a lo largo de sus 190 años de vida republicana, una historia cíclica de realismo e idealismo, que nos ha llevado desde el nacionalismo de Diego Portales al internacionalismo de un Lastarria o de un Vicuña Mackenna, con los balances que todos conocemos.

El siglo que viene, por amplio que sea el progreso económico o informático, no podrá sacar al país de su imperativo geográfico, de la preservación de su patrimonio territorial, de sus limitaciones demográficas

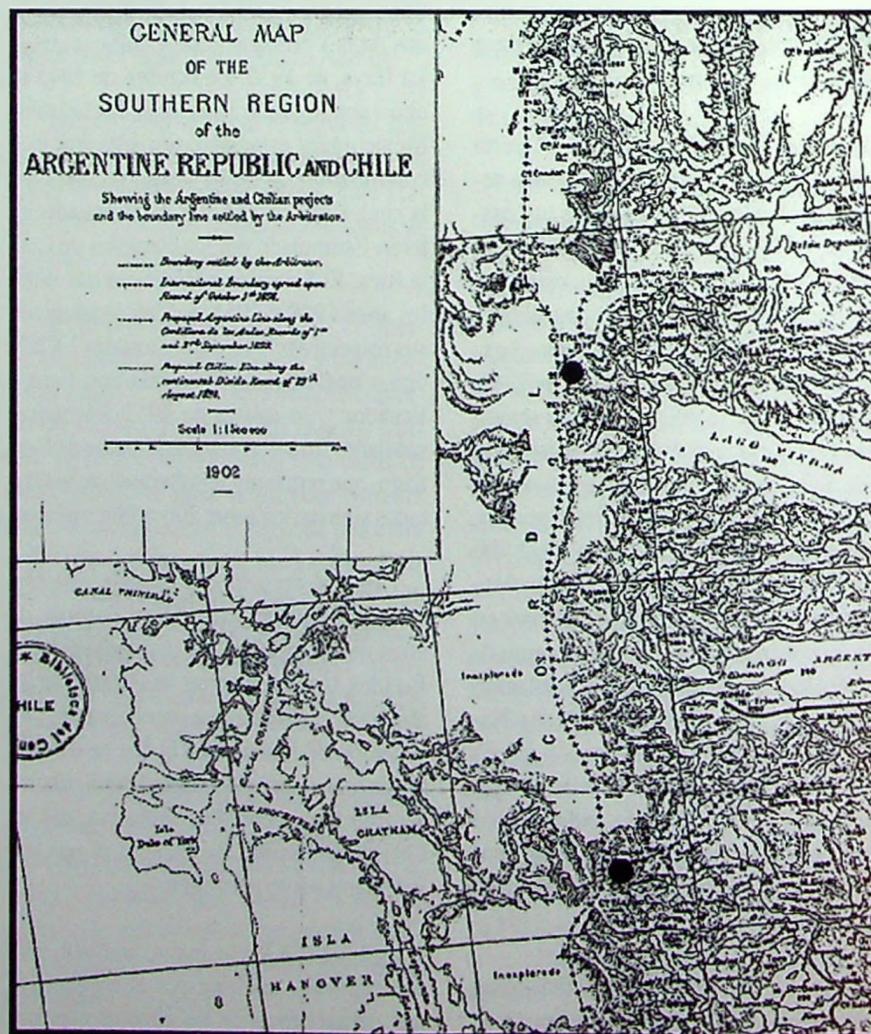
o económicas y de los niveles que puedan ofrecerle su cultura, su imagen, su industrialización, su poder militar y, sobre todo, la visión y la energía de sus gobiernos.

Las grandes "constantes" de la política exterior de Chile -ya trazadas por Portales en su epistolario- seguirán vigentes. Por ello es que la consolidación de nuestras fronteras históricas, tal como lo deseaba don Antonio Varas, deberán de ser las tareas ineludibles de los gobernantes del siglo XXI. Lo mismo debe decirse de las demás "constantes": No intervención en los asuntos internos de otros países; solución pacífica de las controversias; autodeterminación de los pueblos y el dominio del Océano Pacífico americano. Su rechazo a las alianzas que llevarán al país a unirse a otras naciones en

sus triunfos o fracasos, debería, sin duda, persistir, aún en los posibles horizontes de la globalización emergente.

Será, sin duda, la expansión económica la que marcará la tónica de la primera mitad del siglo XXI en la política exterior de Chile. Ella deberá estar acompañada por la contextura de una Cancillería profesional bien preparada, por un fuerte concepto de la nacionalidad y por la presencia de un frente cultural y defensivo que respalde la acción exterior.

Sólo de esta manera el ciclo inexorable del realismo y el idealismo de nuestra diplomacia podrán jugar en armonía, de acuerdo al imperativo de los tiempos y en beneficio del pueblo chileno. ♦



Mapa del Tratado de Paz
con Argentina, en 1902